

colectando cuantiosas limosnas para los pobres, viudas y huérfanos, sino que se desposeían voluntariamente del total de sus bienes para que los Apóstoles y Diáconos los distribuyesen entre los fieles á proporción de las necesidades¹. ¡Espectáculo nuevo en el mundo y verdaderamente maravilloso, que hacía exclamar á los gentiles, según refiere Tertuliano: «Miradlos cómo se aman»²! Más aún: adoptaban por suyos á los pobres del paganismo, socorriéndolos con la misma largueza que á los bautizados. Tal era, y tal ha sido siempre, la fraternidad cristiana, fomentada por el uso de la sagrada Eucaristía.

II. Esta divina institución, no sólo como Sacramento sino como Sacrificio, nos predica continuamente la fraternidad. ¿Acaso no es ella el sacrificio de familia? El santo Job, desempeñando las funciones del sacerdocio en la Ley natural, ofrecía muy de mañana holocaustos de expiación por los pecados que hubiesen podido cometer sus hijos³. Jesús se sacrifica diariamente en el altar por los delitos de todos los hombres, sus hermanos. El sacerdote que hace sus veces en la Misa, se vuelve al pueblo que le rodea, y le ruega diciendo: «Orad, hermanos, para que mi sacrificio, que también lo es vuestro, sea acepto en el acatamiento del Dios omnipotente.» Todos, pues, cuantos concurren á la celebración de nuestros divinos misterios, participan, en calidad de miembros del mismo cuerpo místico, del derecho de sacrificar la Víctima adorable del Calvario, nuevamente inmolada en el altar. Y ¿podrían hacerlo dignamente sin estar revestidos de los más puros senti-

¹ Act. 4, 34.

² Apud *D'Hauterive* l. c.

³ Job 1, 5.

mientos de fraternidad? Acordaos, hermanos carísimos, os diré para concluir, que no es lícito ofrecer á Dios presente alguno sin haberse reconciliado primero el ofensor con su hermano agraviado¹; ni podrán tampoco ser aceptos al Dios sacramentado nuestros solemnes cultos, si nuestros corazones no están caldeados en ese santo fuego de la caridad de Cristo que nos haga mirar en todos los adoradores del Santísimo Sacramento otros tantos queridos hermanos sin distinción de clases ni personalidades. *Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen*². Tal es la ley de Aquél que oró por sus mismos verdugos en la cruz, que diariamente nos perdona los ultrajes que en su misma presencia le irrogamos, y que á todos anhela llevarnos consigo al reino de su Padre para sentarnos á la mesa de su gloria por una eternidad. Así sea.

SERMÓN VIGÉSIMO CUARTO

(predicado en la iglesia parroquial de las Nieves, Bogotá, 1885).

Las dos vidas, eucarística y gloriosa.

Exurrexi, et adhuc sum tecum.

Resucité, y todavía estoy contigo.

Ps. 138, 18.

I. Jesucristo, saliendo victorioso del sepulcro, dice el Apóstol San Pablo³, vuelve á la tierra, pero en condiciones de inmortalidad; resucitó, mas no como Lázaro para volver á morir, sino para vivir eternamente. *La muerte no tornará á hacer presa en aquella sacrosanta humanidad.* Y por lo mismo que la muerte no podrá

¹ Matth. 5, 24.

² Matth. 5, 44.

³ Rom. 6, 9.

dominarle otra vez, la vida con que renace del sepulcro es una vida totalmente nueva y diferente de la que llevó durante los treinta y tres años de su peregrinación por la tierra, habiendo sido ésta perecedera y pasible, miserable y penosa, y habiendo de ser aquélla interminable y gloriosa, exenta de padecer y colmada de felicidad. Tal es la vida que Cristo llevó sobre la tierra durante los cuarenta días que siguieron á su maravillosa resurrección de entre los muertos, y precedieron á su gloriosa ascensión á los cielos: tal es la que lleva hoy mismo sentado á la diestra de su Eterno Padre¹ y presidiendo como rey á los coros de los ángeles y á las falanges de los hombres bienaventurados. *Heme aquí, dice Él mismo, vivo y lleno de poder y de gloria por siglos de siglos*². *Por siglos de siglos es suya la gloria y el imperio de todas las criaturas*, dice el Apóstol San Pedro³. Ésta es la vida gloriosa que hace el regocijo y alegría de la Esposa de Cristo, la cual, como los Apóstoles en el monte Olivete, sigue mirando de hito en hito á su divino Esposo camino del cielo, no hartándose de contemplarle en todo el tiempo de la Pascua.

2. Pero ¡oh secretos inefables de la Sabiduría y de la bondad del Salvador! *He aquí que estoy y estaré con vosotros*, nos dice, *hasta la consumación de los siglos*⁴. No contento con la vida gloriosa del cielo, hele ahí en la Eucaristía, en el augusto y admirable Sacramento, viviendo también con nosotros, para vivificarnos, así como resucitó, según el Apóstol, *por nuestra justificación*⁵. ¡Oh vida eucarística de Jesús, no menos bienaventurada

¹ In dextera Dei sedens (Col. 3, 1).

² Apoc. 1, 18.

³ 1 Petr. 4, 11.

⁴ Matth. 28, 20.

⁵ Rom. 4, 25.

y gloriosa que la que vive en el cielo á la diestra de Dios Padre! En efecto, amados fieles, por más que el tabernáculo pueda llamarse nuevo Calvario, donde Jesús víctima se ofrece é inmola perennemente á la justicia divina por los pecados del mundo — *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi!*¹ —, no por eso es menos cierto que Jesucristo se pone en el altar, en virtud de las palabras de la consagración, en cuerpo y alma tan glorioso como está en el cielo, y tanto en la hostia como en el cáliz, según se explica el catecismo doctrinal de la Iglesia. De esta vida eucarística, cotejada con la celestial de Jesucristo, quiero hacer esta vez, hermanos míos, el asunto de mi discurso y de vuestra pía é ilustrada atención. En el altar y en el cielo le buscan ávidos de contemplarle nuestros ojos, y en una y otra parte encuentran su objeto adecuado la fe y la caridad: Jesús, en ambas vidas, eucarística y gloriosa, es el dechado perfectísimo de la vida cristiana. Tales son los conceptos que me propongo desarrollar con la acostumbrada brevedad, después de implorar la luz del cielo por intercesión de la Virgen más pura que la nieve. *Ave María.*

I.

3. Digo en primer lugar, amados fieles, que Jesús resucitado y sacramentado es el objeto adecuado de nuestra fe, con relación á la segunda Persona de la adorable Trinidad. Me explico. Como tantas veces y con tanta insistencia nos enseñan los santos Padres y Doctores, nuestra fe en Jesucristo debe abrazar simultáneamente las dos naturalezas, divina y humana, en la unidad

¹ Io. 1, 29.

de la Persona del Verbo. Porque tan peligroso es, dice San León Magno, negar al Salvador la verdad de nuestra naturaleza, como disputarle la igualdad con la gloria del Padre¹. Él es quien en el principio, ó desde la eternidad, estaba en Dios, y por Él fueron hechas todas las cosas²; y Él mismo es el que en el tiempo se hizo carne y habitó entre nosotros, cuya gloria vimos, semejante á la del Unigénito del Padre. Según esto no sólo la divinidad, sino la misma humanidad de Cristo debe ser creída con fe sobrenatural para la salvación; y las palabras del divino Maestro á San Pedro: *En verdad te digo que no la carne ni la sangre te han revelado este misterio, sino mi Padre que está en los cielos*³, pueden tener también aplicación á la sagrada humanidad. Pero ¿cómo podía ser creída de este modo, antes de la resurrección, aquella naturaleza humana que era vista y palpable como la de cualquier otro hombre? Lo que era objeto de la visión material, ¿cómo podía serlo de creencia sobrenatural? ¿Necesitaba ser revelado lo que no estaba oculto detrás de ningún velo? No así, carísimos hermanos, después de su resurrección, no así en el Sacramento de la Eucaristía. Después de su resurrección Jesús *se manifiesta* á sus discípulos, es verdad, y no una, sino repetidas veces⁴; pero, en primer lugar, no se deja ver sino de pocos y determinados testigos, como observa el príncipe de los Apóstoles⁵, de manera que para todo el resto de los hombres Jesús es ya invisible, cumpliéndose las palabras del mismo Señor: *Dentro de poco ya no me veréis más*⁶; y luego

¹ Serm. 7 de Nativ. Domini, in Brev.

² Io. 1, 3.

³ Math. 16, 17.

⁴ Io. 21, 14.

⁵ Act. 10, 41.

⁶ Io. 16, 16.

¿de qué modo aparece Jesucristo resucitado? ¿Acaso en la forma natural propia del hombre, ó, mas bien, en condiciones diferentes de las del cuerpo humano, condiciones que le hacen semejante á los espíritus? ¿Por ventura no ha tenido Jesús que desengañar á sus discípulos que le creían puro espíritu, diciéndoles: *Palpad y ved, que el espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo los tengo*¹? Y ¿por qué se le hacía increíble á Tomás la resurrección del Maestro, á pesar de la afirmación de los discípulos: *Vimos al Señor*? ¿por qué, sino porque ya no era visible, como antes, aquella santa humanidad? Por lo cual afirmaba: *No creeré si no lo viere*². Mas ¡cuánto se engañaba en este concepto de la fe el incrédulo Apóstol! ¿Era, pues, preciso ver para creer? ¿no debía ser precisamente todo lo contrario, no ver para poder creer? Por eso le corrige el Salvador llamando bienaventurados, como hombres de fe perfecta, á los que sin ver creyeron³.

4. Así nos acontece á nosotros, amados oyentes, y de manera especial cuando, postrados ante el tabernáculo eucarístico, adoramos presente en cuerpo y alma y divinidad á nuestro amado Jesús. Nosotros le creemos aquí verdadero Dios y verdadero hombre sin que la divinidad ni la misma humanidad se nos hagan sensibles, antes bien en plena oscuridad para la razón y los sentidos, porque *para afianzar el corazón sincero la fe sola basta*⁴. Sí, la fe nos basta, y cualquier otra cosa estaría de sobra, no debiendo apoyar nuestra certeza en otro argumento que en la autoridad de la palabra de Dios. De aquí el que algún santo, según piadosa

¹ Luc. 24, 39.

² Io. 20, 25.

³ Io. 20, 29.

⁴ Eccl. in offic. SS. Sacram.

leyenda, rehusara acudir, como acudía el vulgo, á ver á Cristo aparecido visiblemente en la hostia consagrada, asegurando no necesitar de semejante vista para estar cierto de la verdad de su presencia. ¡Oh, y cómo pudo llamarse dichoso quien tal hizo, según la sentencia del Señor: — *Bienaventurados los que no vieron, y creyeron!* Dichosos fueron los discípulos que adoraron á Jesús resucitado, allá en el monte de Galilea, no obstante la duda y la incredulidad de algunos que allí mismo y en aquellas mismas circunstancias dudaron ¹, prueba evidente de que, por más que le veían, no dejaba de rodear una misteriosa penumbra la figura del Salvador. Esa duda, dice San Jerónimo, es cabalmente la que aumenta nuestra fe ². Tengamos, pues, á gran dicha nosotros, amados hermanos, adorar á Jesús sacramentado con firmísima creencia, por más que, como dice Santo Tomás, la vista y los demás sentidos se engañen aquí completamente ³.

5. Por lo que mira á la divinidad, objeto necesario de nuestra fe en Jesucristo, me atrevo á asentar que en ninguna parte como en la Eucaristía, y nunca como en su vida gloriosa, se hace más creíble á los ojos de nuestra alma iluminada por la luz de la revelación. Debo, sin embargo, advertir que aquí procede emplear un razonamiento muy diferente del anterior, aunque no menos sólido, á mi pobre entender. En efecto, hermanos míos, si la humanidad de Cristo, durante su vida mortal, estaba enteramente descubierta á los ojos del hombre, no pudiendo por eso mismo ser revelada, la divinidad, al contrario, parecía demasiado velada bajo la forma

¹ Matth. 28, 17.

² Comment. in Matth. lib. 4, in Brev.

³ In rhythmo euchar.

de siervo y la figura de pecador para poder ser creída sin especial revelación, como la que tuvo San Pedro. Y nunca estuvo más escondida la divinidad que durante la Pasión, según explica el profundo San Agustín comentando aquellas palabras del Salmista: *Acercarás el hombre á las profundidades del corazón, y Dios será exaltado* ¹. Acercóse, dice el Santo, esto es, hizose accesible á los perversos consejos de los malos, dejándose herir, prender, crucificar y matar, como hombre, y así brilló la divinidad de Cristo en su resurrección. Presentó á las miradas de los hombres al hombre, ocultando á Dios; porque, de no ser así, ¿cómo habría podido efectuarse la redención humana? ² Pero pasa la tormenta, y triunfa Cristo de la muerte y de sus enemigos, y ¿qué acontece entonces? Que la humanidad se hace inaccesible á los tiros y aun á las miradas de los pecadores, mientras que la divinidad se deja ver á través de la misma carne ya glorificada, y confunde y amedrenta á los soberbios, regocijando á los humildes y amilanados discípulos. He aquí, pues, amados hermanos, cómo la divinidad se revela de tal modo en la vida gloriosa de Jesús, que, sin llegar nunca á dejarse ver (porque esto es imposible en esta vida), se impone á la fe de cuantos lo contemplan, obligándolos como por impulso irresistible, á caer de rodillas y adorarle. *Videntes eum, adoraverunt* ³. Y ¿no hizo otro tanto el fervoroso Tomás en el instante en que, certificado de la resurrección, vió resplandecer la divinidad de su Maestro? Entonces respondió con voz entrecortada por la emoción: *Señor mío y Dios mío* ⁴.

¹ Ps. 63, 7.

² Tract. super Psalm., in Brev.

³ Matth. 28, 17.

⁴ Io. 20, 26.

6. He ahí, hermanos míos, lo que acontece diariamente en el altar, por lo mismo que la vida eucarística de Jesucristo no es menos gloriosa que aquella de que apareció revestido después de su resurrección. ¡Cuántas veces no habréis vosotros prorrumpido, con afecto semejante al del Apóstol, en aquellas abrasadoras palabras: *Dominus meus et Deus meus*: ¡Oh Dios mío! ¡oh Señor mío! ¡oh Dios de mi corazón y de todo mi ser! y mejor que en ninguna otra parte, aquí delante del *tabernáculo admirable*¹, prosternados, como si estuvierais viendo palpablemente á la divinidad, en la presencia de Jesús sacramentado! ¿Cómo explicar este efecto maravilloso de la Eucaristía, efecto que llegan á sentir hasta los más descarados incrédulos, á lo menos en ciertos momentos solemnes, sino confesando que aquí la divinidad se revela de singular manera, siendo por tanto Jesucristo en su vida eucarística, como en la gloriosa, objeto cabal y adecuado de nuestra fe? Pues, no lo es menos de nuestra caridad, como vais á ver en la segunda parte.

II.

7. ¿Acaso esas mismas expresiones de Tomás, mil veces repetidas delante de la Eucaristía, no lo comprueban suficientemente? Porque, así como son expresión viva de la fe en Jesús, Dios y hombre verdadero, así lo son también de la más ardorosa caridad. Y ¿cómo no había de saltarle el corazón de amor y de dolor al favorecido discípulo á vista de tanta benignidad del dulcísimo Maestro? Pero ¿qué diré de Magdalena, qué de las otras piadosas mujeres, qué de los discípulos que iban á Emmaús, qué de San Pedro y los demás Após-

¹ Ps. 41, 5.

toles? ¿no los vemos á todos abrasados en amor de Jesús resucitado? ¿no parece que la nueva forma de gloria y de felicidad con que se presenta ahora Jesucristo, arrebatada en pos de Él los corazones y los inflama en amor á su persona? Aun antes de bajar á la tierra el espíritu de amor, se verifica la profecía de Jesús: *Omnia traham ad me ipsum*: Atraeré hacia mí todos los corazones¹. ¡Qué transportes los de la amante Magdalena en el huerto donde se le apareció el misterioso hortelano! «La que antes pecadora, dice San Gregorio, había permanecido con el corazón frío, ahora con el amor ardía fuertemente. No sabía apartarse del sepulcro de su amado Señor, buscaba anegada en llanto al que no encontraba, ardiendo en deseos de poseer á quien creía le habían robado². Pero he aquí que, compadecido el buen Jesús de tanta angustia, se deja ver de su discípula y la apostrofa por su nombre: ¡*María!* y Magdalena prorrumpe, ahogada por el sentimiento, en esta sola exclamación: *Rabboni, ¡Maestro mío!*³ Dínos, endiosada Magdalena, ¿qué sintió tu corazón en este venturoso instante, cuando, sin ser dueña de ti, te arrojaste á los pies del Salvador para abrazarlos y besarlos? Pues, ¿qué sintieron las otras benditas mujeres á quienes Jesús alegró con su vista, camino de Jerusalén, saludándolas benignamente: *Avete!*, y ellas, sin poder articular palabra, le abrazaron los pies y lo adoraron⁴? Y ¿qué sentiría el corazón de Pedro cuando á la pregunta de Jesús tres veces repetida: ¿*Me amas, Simón?*, contesta resuelto aunque desconfiado de sí: *Tú lo sabes, Señor, tú bien sabes que yo te amo*⁵? Y se entristece al pensar que

¹ Io. 12, 32.

² Hom. 25 in Evang., in Brev.

³ Io. 20, 16.

⁴ Matth. 28, 9.

⁵ Io. 21, 17.